

las dos mujeres, á fin de que saliesen de su perplejidad natural, y cortaran con el relato de tal hecho los incipientes ardores de Claudio.

— Que busquen á Mesalina — decía el emperador, — que traigan á Mesalina.

Y sus ojos y sus labios no traicionaban el apetito de su cuerpo.

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! — decían al par las dos mujeres, temerosas de que las impacencias del emperador tomasen un camino en el cual fueran atropelladas ellas, como atropellaban los césares, con la muerte, pues á cada paso corrían daños enormes la vida de todos al capricho imperial, y más cuando se determinaba por el terror.

— Habla tú, Calpurnia. ¿De qué sirve la garrulidad tuya, de qué? Corroboras cuanto diga Calpurnia á Cleopatra. ¿De qué sirve tu expresivo gesto?

Y Narciso, mientras Claudio iba de un lado á otro lado, fascinadísimo por los recuerdos que Mesalina despertaba en su memoria y los deseos que despertaban en sus instintos los recuerdos, impelía las dos muchachas á decir lo consabido.

— Pues bien, Claudio — dijo Calpurnia, irguiéndose del suelo, donde se hallaba de hinojos, y encarándose muy frescamente con el emperador; — pues bien, Claudio; Mesalina se ha casado en Roma públicamente.

— Sí, públicamente — añadió, levantándose del suelo también, la encogida Cleopatra.

— ¿Qué? — preguntó Claudio, balbuciente, rojo, trémulo, ciego casi, tras una sacudida terrible, la cual no puede tener semejanza más próxima que con la sacudida causada por el rayo de las nubes al difundirse fulminante de súbito por nervios que no lo aguardaban.

— Repetid, repetid lo dicho — exclamó el aterrado liberto, recelando que Claudio no lo creyese todavía.

— Pues bien; Mesalina hase casado pública, legal, religiosamente con Silio — dijo Calpurnia.

— Con Si... li...o, con Si...li...o, ¡con Silio! — exclamó Claudio como herido de un ataque apoplético, el cual hubiese trabado la lengua y atacado como de parálisis el cerebro.

— Di tú, Cleopatra, di lo que sepas — añadió Calpurnia, dirigiéndose á su compañera.

— Pues que Mesalina se ha casado con Silio.

— Legal y religiosamente — murmuró Narciso á los oídos de Calpurnia, para que insistiera en las dos calificaciones capitales de la increíble atrocidad.

— Legal y religiosamente — repitió Calpurnia.

— Legal y religiosamente — añadió su eco, la tímida Cleopatra.

— No lo creo — gritó Claudio, recobrando palabra y voz á impulsos de tan satisfactoria creencia.

— Créelo — dijo Calpurnia.

— Créelo — añadió Cleopatra.

— Pero, ¿ha sido un matrimonio en toda regla?

— Un matrimonio en toda regla — respondió Calpurnia.

— Un matrimonio en toda regla — volvió á decir el eco.

— Entonces no hay magistrados en Roma... — observó Claudio.

— Y ¿á nosotras qué nos cuentas? — le dijo Calpurnia.

— ¿Qué? — añadió Cleopatra.

— ¿Y ha encontrado testigos?

— Testigos.

— Testigos.

— ¿Y ha tenido auspices que sancionaran tal barbaridad?

— Los ha tenido.

— Los ha tenido.

— Pero ¿se ha divorciado de mí?

— Tú lo sabrás

— Tú lo sabrás.

— A pesar de lo mucho que pululan en este triste tiempo los divorcios, no pueden concluirse y legitimarse nunca en Roma sin complicadas formalidades jurídicas, ninguna de las cuales hase observado ahora, según mis noticias.

— Será verdad lo que tú dices, pero también es verdad lo que decimos nosotras — replicaron las dos mujeres.

— Mas entonces, ese mancebo Silio, á quien designaba yo para cónsul, debe tener algo de naturaleza divina, y tomando, en virtud y por obra de semejante privilegio, las más varias figuras, como Júpiter, debe haberse revestido por completo de mi persona propia, engañando así á la pobre Mesalina.

— ¡Qué bellaquería! — pensó en sus adentros Narciso, pero no le salió de ningún modo la exclamación á los labios.

— ¿Quién soy? — preguntó en seguida Claudio, — ¿quién soy?

— Nadie como tú debe saberlo — exclamaron las dos mujeres con chacota.

— Yo no soy verdaderamente yo. Hay otro en mí ahora, y este otro yo se ha casado con Mesalina. Así ha debido pasar cuanto ha pasado aquí de increíble. A Mesalina, de seguro, alguna forma engañósima, tomada por su fingido esposo, ha debido extraviarla; pues de otra suerte nunca prefiriera, jamás, á ningún otro mortal.

— Pues mira, Claudio, las gentes mal habladas, que rara vez en sus cavilaciones llegan á engañarse, dicen una especie muy particular.

— ¿Qué dicen las gentes mal habladas, Calpurnia?

— Pues dicen que lo más agradable á Mesalina en Silio, aquello por lo que la cuitada se pierde y te pierde, no es más que la hermosísima figura de Silio, el más bello mozo entre todos los jóvenes romanos.

— ¡Ah!...

Y Claudio, á tal botonazo de fuego, dió una especie de mugido terrible.

— ¿No es verdad, Cleopatra, lo dicho por mí?

— Verdad — respondió Cleopatra.

— ¿No es verdad que Mesalina prefiere á todo en Silio su figura?

— Verdad — contestaba como por máquina la compañera certificando á roso y bello las afirmaciones de Calpurnia, según los deseos ó instrucciones de Narciso.

— ¡No puedo creerlo, no puedo creerlo! — gritaba Claudio, moviendo los brazos como aspas de molino, resollando con fuerza y con dolor como un toro á quien han derribado los mataraces en el matadero.

— ¡Pues créelo, Claudio, créelo! — decía Calpurnia.

— Créelo, créelo — añadía Cleopatra en sus repeticiones, aseverando lo dicho por Calpurnia.

— No lo creo, como no corrobore Narciso vuestro relato.

— Comprendo, Claudio — le observó Narciso, — que, dadas altas competencias en materia jurídica, necesites de muchos testigos para cerciorarte del hecho terrible.

— Necesito sólo tu inapelable testimonio.

— Pues lo tendrás.

— Depón en justicia.

— Pregunta.

— Dime si es cosa verdadera esa noticia increíble de que mi mujer se ha casado con otro públicamente, y he consentido yo sin saberlo en mi propio repudio, y he autorizado el divorcio, hasta con extremo tal que romanos sirvieran de testigos, auspices de consagradores, vestales de acompañantes,

patricios y senadores de corte, legionarios de cohorte á este crimen horrendo, en el cual se han cantado los epitalamios litúrgicos, se han visto los tálamos nupciales de tradición y el velo de azafrán reservado á la virginidad consagrando el adulterio, y hasta se ha contado con la complicidad y con el asentimiento de los dioses; Narciso, por Júpiter, sácame de penas y dime la verdad.

— Pues todo es, Claudio, cierto.

— Y ¿cómo, siendo cierto, lo ha ocultado tu fidelidad á mi conocimiento?

— Lo confieso. Mátame si quieres. El miedo mío ha ocultado todo esto á la penetración tuya.

— ¡El miedo! ruin pasión.

— Cierto.

— ¿El miedo á quién?

— El miedo á Mesalina.



Vestales

- Pues ¡tantos adúlteros fueron á sus brazos!
- Innumerables.
- ¡Horror mil veces!
- Y Claudio dió un berrido estentóreo.
- ¡Perdón!
- ¿Por manera que mientras yo expedía veinte ó más edictos diarios para mejorar las costumbres, ella me la pegaba por su parte cuarenta veces al día? Pero nunca te perdonaré que hayas ocultado á tu emperador tales infamias.
- Acuérdate de lo que pasaba en Roma.
- ¿Qué pasaba en Roma?
- Pues pasaba que morían todos cuantos intentaban, por su mal, contarte la más pequeña culpa de Mesalina.
- ¿Pasaba eso?
- Ciertamente.
- Pues no lo sabía.
- Como que dabas las órdenes tú mismo sin conocerlas, gracias á los industriosos medios de que tu mujer sabía valerse para engañarte.
- ¿Qué me cuentas?
- Nada, Claudio, debía extrañarte después de saber que tú mismo has autorizado tu propio repudio y el divorcio y separación de Mesalina sin saberlo.
- ¡Oh!
- Y Claudio lanzaba gritos agudos, vociferaciones incoherentes, palabras de un doble sentido, sin saber en realidad lo que decía.
- Acuérdate del prefecto de guardias tan leal...
- ¿Cátimo Justo?
- El mismo.
- ¿Qué se hizo de tan fiel servidor?
- ¿No lo sabes?
- No.
- Pues tú mismo lo mataste.
- ¡Yo!
- Una orden tuya.
- ¡Por Júpiter que no creería en tal desaguizado!

- Y lo mataste porque quiso contarte los desórdenes de Mesalina.
- ¡Oh!
- Y Claudio temblaba como un reo á quien desnudan para propinarle azotes antes del suplicio.
- Otro día le tocó á tu liberto Polibio.
- ¿También murió de muerte violenta?
- Quiso comunicarte lo que había visto, y desapareció yéndose al otro mundo con tantos y tantos muertos.
- Tampoco lo sabía.
- Como también obligó á un suicidio...
- Cállate por piedad.
- En tu propio cubículo, sobre tu imperial tálamo, bajo la sombra de tus númenes y lares, mil veces la desalmada se revolcó á tu vista casi con un Veccio y un Pluncio.
- ¿Y tú no me dijiste nada?
- Ya he dicho que fué por miedo.
- ¡Con cuál sangre fría, Narciso, te declaras cobarde!
- Pero no por miedo egoísta de lo que pudiera sucederme á mí, pobre vástago de siervos; por miedo, Claudio, de lo que pudiera sucederte á ti, el descendiente de cuatro césares, el amo de la Tierra, mi señor y mi dueño.
- ¡Narciso!
- Y Claudio sintió á estas palabras indeliberado movimiento de ternura.
- También ahora ocultaría de buen grado sus adulterios, callándolos cual si fueran remordimientos de mis personales culpas; y si en mi mano estuviese, dejaría gozar al adúltero de la casa, de los esclavos, de los ajuares que á ti pertenecen, hasta de las insignias imperiales y de la mujer predilecta y legítima, con los demás bienes tuyos, á no temer una rebelión tras una irreverencia, y el acaparamiento de tu diadema por él, en cuyo caso, no solamente se perdería tu honra, se perdería tu diadema.
- ¡De veras!
- Pues el que parece jugar á nupcias más ó menos fantásticas, no requiere tan sólo en estas festividades el cuerpo y el goce de tu mujer, ¡ah! también requiere la posesión y el disfrute de tu Roma.

— Verdad, verdad.

— Silio no quiere sólo suplantarte audaz en el tálamo, quiere suplantarte también, más ó menos pronto, en el Imperio.

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh!

Y Claudio ladraba como un perro, maullaba como un gato, mugía como un toro, y como un león rugía; mas de vez en cuando cambiaba de súbito y se plañía, tristemente angustiado como una mujerzuela, tomando la voz cambiante unas veces arrullos de tórtola y otras veces sollozos de vieja.

— Defiende, pues, Claudio, el Imperio.

— ¿Cómo?

— Con tu voluntad y con tu esfuerzo.

— ¿Puedo?

— ¡Pues no has de poder!

— ¿Soy Claudio yo?

— ¿Pues no has de serlo?

— ¿Qué hago?

— Disponer, mandar.

— ¿Me obedecerán?

— El mundo entero escuchara tu voz.

— Pues así como han puesto en Roma otro emperador, ¿no pondrán otro ser en vez de mi ser?

— No han puesto en Roma otro emperador, pero es seguro que lo pondrán, por poco, Claudio, que te retardes en ordenar cuanto debas.

— ¿Qué debo hacer?

— Asegurar tu imperio sobre Roma.

— ¿Y cómo aseguro sobre Roma el imperio mío?

— Yéndote ahora mismo allá.

— ¿Para qué?

— Pues muy sencillo.

— ¿Para qué? — le preguntó de nuevo.

— Para presentarte á los alojamientos militares y asegurar los pretorianos.

— ¿Y debo ir solo?

— Debes ir acompañado de todos nosotros.

— ¡Favor! ¡socorro! ¡auxilio!... — gritó al decirle Narciso esto.

como si ardiese su casa, ó lo secuestraran ladrones, ó lo matase algún asesino.

— Calla, calla — le gritaron á una los tres interlocutores, temerosos de algún desaguisado.

Á las voces de Claudio entró la comitiva que acompañaba por todas partes al emperador, constituyendo, según su número, una verdadera población. Y como Claudio hiciera señal de consultar y oír á los recién llegados, que llenaban y henchían la estancia, pronto se formaron éstos en agrupaciones parecidas á un Senado ambulante. Las manías del buen Claudio eran varias: legislar mucho, juzgar más, escribir á tontas y á locas edictos, irse desde los bancos de aquel Senado, cuyo padre se llamaba con énfasis, al tribunal donde oficiaba de supremo juez; pero, sobre todo y ante todo, pronunciar discursos con copiosísima erudición. Aquel entendimiento suyo, tan desmemoriado en materias referentes á los hechos, gozaba de una viva memoria en materia de frases y de noticias. Gustábale, pues, arengar; y cuando arengaba, no se proponía en tanto grado conmover y persuadir como lucirse y ostentar sus ideas pintadas en períodos artificiosos, muy propios de la decadencia en que ya iban cayendo las romanas letras. En tales términos predominaba el deseo de parecer elocuente y sabio sobre todos sus deseos que, hasta en aquel entonces, abandonado por su mujer, quien le vendiera traidoramente á un émulo; herido hasta en la quieta posesión de su Imperio; conociendo infidelidades, así de Mesalina como de Roma, tan funestas á su corazón y á su conciencia; desengañado en lo que más amara, pavoneábase como un retórico y tenía serenidad suficiente para componer frases muy bien ligadas y decir especies muy eruditas. Así, con una seriedad cómica, el buen emperador, que arrastraba de antiguo el pie derecho, fué distribuyendo su auditorio como un jefe de coros puede distribuir sus coristas, á fin de que viesen mejor su cabeza de buey Apis y oyesen mejor su intrincado lenguaje, cual si la materia de su arenga se refriese, bien á la escalada de los titanes, bien á la guerra troiana, bien á cualquier asunto de remota fecha ó de clásica sabiduría. Solamente se notaba la emoción de su pecho en cierta palidez mortal de su tez y en los ronquidos múltiples de su garganta y de sus narices, que aspiraban el aire como aspiran ciertos monstruos

marinos las aguas. Así las gentes aseguraban que su voz, tenida por él como tonante y majestuosísima, se asemejaba mucho al resoplido de las focas. El amor propio, sin embargo, engaña en este nuestro mundo siempre á todos, y Claudio creía que su voz gustaba tanto á los demás como á él mismo, y gozábale con cualquier motivo en expedirla de su garganta y ostentarla cual si fuera una música. Pero antes de pronunciar su arenga quiere cerciorarse de cuanto sucede, no satisfecho con lo que recientemente le habían contado las dos mujeres, Cleopatra y Calpurnia, amén del diligente liberto Narciso. Estaban, entre los llegados en aquella sazón, dos personajes de mucha cuenta. Era el uno Turrano, comisario de lo que llamaban *annonas* entonces y hoy llamamos *pósitos*; era el otro Geta, capitán de las cohortes pretorianas. Por la distribución de trigo al pueblo gozaba el uno de suma influencia en los plebeyos, y el otro, por las mercedes que podía en mil ocasiones ofrecerles y los favores que podía prestarles, de suma influencia en los soldados. Mas el primero era partidario de Claudio, y de Mesalina el segundo.

—¿Qué sabes, Turrano?—le dijo al uno.

—Pues lo mismo que tú, Claudio.

—¿Qué me dices, Geta?

—Nada que no te haya dicho ya tu propia conciencia.

—Por Júpiter, aconsejadme.

—No hay consejos que pedir—dijo Turrano;—hay resoluciones que tomar.

—Y cuanto más súbitas mejores—añadió Narciso.

—¿Qué hacer?

—Pues asegurarte ante todo el sumo Imperio sobre todos—gritó en alta voz Turrano.

—¿Y cómo?

—Yendo á los alojamientos militares en persona—volvió á decir el avisado liberto, que no las tenía todas consigo, tratándose, como se trataba, de Geta, muy sospechoso, cual hemos dicho, por amigo de Mesalina y su corte, á la vigilancia de los verdaderos amigos de Claudio.

—Ante todo, César—observó Geta dirigiéndose á Claudio,—ante todo cúrate de tu venganza.

—¡Venganza, venganza!—gritó el emperador, aullando como un lobo.

—No te importa, Claudio, tanto en esta ocasión suprema granjearte la venganza, como los medios conducentes á la seguridad completa de satisfacerla—dijole Narciso.

—Justo, justo—añadieron los más, haciendo coro al redomado liberto, en quien descubrían la voluntad completa de Claudio.

—Cáptate la devoción de los pretorianos y procura seguidamente, más bien que granjearte tus desquites, adquirirte la seguridad plena de tu Imperio.

Pero en estas le dió á Claudio por pronunciar su arenga. Ronquésimo, balbuciente, desmanotado, cojo, gafo; con cara donde prevalecían mucho los instintos animales; con ojos mortecinos y casi apagados; falto de los accidentes oratorios que constituyen la verdadera medula de la oratoria, tan menesterosa de fuerza y de prestancia, Claudio pronuncia discursos tras discursos con frecuencia, lo mismo en la curia que en el tribunal, muy pagado de retórico eminente, así como de legislador sabio é inspiradísimo. El poder supremo sugiere á las gentes enfermedades así, por necesidad inevitable. Como en las cumbres del trono se tiene todo, cada cual de estos dioses terrestres llamados *césares*, deseaba en su interior algo, y algo imposible.

La contingencia humana, esta debilidad á nosotros congénita, no consiente la ventura jamás á nadie, y mucho menos en las altas cúspides, en que tan raro se hace ya el aire vital y tan irrespirable.

Si Claudio se hubiese conformado con el poder absoluto y no hubiera querido pasar allende, á otros logros, vedados á su ineptitud, Claudio fuera feliz. Mas quería ser, asaz de *césar*, orador, y ahí encontraba una de las mayores y más agudas espinas que taladraron su corazón y sus sienes. Vamos, pues, á oírle.



Pretorianos (de un bajo relieve existente en el Louvre)

— Amigos míos: los antepasados inmortales de vuestro César... — balbuceó Claudio.

— ¡Dioses inmortales! — exclamó Narciso. — Comenzando por sus antepasados, ¿cuándo llegará este hombre á su mujer?

— Mis antepasados exhórtanme, desde las altas y serenas regiones donde habitan, á departir con vosotros de su honor vulnerado por un crimen aborrecible y espantable, al cual crimen hay que ocurrir para ejemplo y escarmiento de todos con prontos y serenos castigos.

— Aprieta, aprieta fuerte — murmuraba Narciso, mientras torcía un poco el mirar y pestañeaba de prisa Geta, no muy conforme con aquellas amenazadoras palabras.

— El primero de mis antepasados — continuaba Claudio — se llamó como yo, y fué á un tiempo mismo, en solo un día, con investidura única, patricio y ciudadano de Roma.

— ¡Por vida de Apolo! — pensó para sus adentros Narciso. — Mientras Mesalina y Silio se apoderan del Imperio, este infeliz evoca todos sus antepasados.

— Los Claudios fueron de Salina, como los Julios de Alba, como los Coruncanios de Camerio, como los Porcios de Túsculo, como tantas otras familias de Toscana y de Lucania y aun de más lejos, puesto que la Ciudad ha rebasado los Alpes y el nombre romano se ha inscrito en los confines de la Tierra.

— ¡Y pensar que, á estas horas, acaso los rebeldes hayan ceñido á su adulterio la púrpura imperial! — decía entre dientes Narciso.

— Amigos míos... — volvió á decir Claudio continuando, pero sin pasar de esta frase.

— ¡Oh, impaciencia! — exclamaba Narciso.

— Tira, tira — decía Geta muy gozoso de aquellas largas.

— Amigos míos... — volvió á decir Claudio, roto por completo el hilo de su discurso.

— ¡Oh furor! — murmuraba Geta.

— ¡Narciso! — gritó Claudio completamente desconcertado.

— ¿Qué? — preguntó Narciso con la brusquedad natural en su justificada inquietud.

— Dime, ¿de quién hablaba yo?

— De Mesalina y Silio — le respondió el fiel amigo, mientras los demás concurrentes murmuraban y se reían por lo bajo.

— Me acusan — dijo Claudio continuando, y como si nada le hubiera su liberto advertido, — me acusan de haber dispendiado la ciudadanía romana, vistiendo con toga desde los griegos á los britanos.

— Claudio, no — le decía Narciso á la oreja; — te acusan de perder el tiempo mientras lo ganan tus enemigos.

— Me acusan de tal despilfarro, y no tienen razón mis acusadores.

— Perfectamente — pensaba Geta, muy gustoso de que prolongase Claudio su inútil discurso cuanto le diera la gana.

— El derecho de ciudadanía extendido á los extraños nos dió quieta paz en casa, y ocurríamos así á riesgos de otra suerte dañosos.

— Pero no se trata de eso; — decíale Narciso en vano.

— Rómulo..

— ¡Dioses inmortales! — Vuelve á tomar su tema en la fundación de Roma nada menos. ¿Pues cuándo entrará en este siglo?

— Rómulo — continuaba Claudio, á quien las interrupciones de Narciso dejaban cada cinco minutos perplejo, — Rómulo llamó los extranjeros al Pomerio, cuando sólo podía ofrecerles una colina sitiada por extraños y una cabaña hecha con troncos y con ramajes de hayas.

— ¡Acaba, por Hércules! — decíale Narciso.

— ¿De dónde provino la ruina irreparable del ingenioso ateniense y del austero espartano, sino de haber visto extranjeros únicamente, y extranjeros nacidos para esclavos en todos los pueblos que sojuzgaban?

— Déjate de Atenas y de Lacedemonia en el asunto de hoy — seguía diciendo Narciso.

— Reinado han los extranjeros ya en esta ciudad.

— Y si te atardas así, reinará Silio — repetía con insistencia el contrariado liberto.

— Dímosles — continuaba Claudio con la porfía de un maniático, — dímosles rehenes á los toscanos y pasamos bajo el yugo de los samnitas.

— ¡Bien, bien! — decía Geta, holgándose mucho con la tardanza que facilitaba el triunfo de Silio y destruía el poder de Claudio.

— ¡¡¡Yugo, yugo!!! Para yugo el que acaban de ponerte á ti los atrevidos novios — exclamaba Narciso.

— Y como tal número de pueblos hase mancomunado con nuestras leyes y nuestras costumbres, importa mucho traerlos aquí, á fin de verlos repartir entre nosotros sus riquezas y no dejárselas gozar á ellos solos en su pleno y arbitrario albedrío. Creáronse los magistrados populares después de los patricios, y los magistrados latinos siguieron á los populares, y los magistrados extranjeros á los latinos. Conviene, pues, no detener este movimiento, sino ampliarlo, á fin de legar ejemplos á nuestros más remotos sucesores.

— Compañeros — dijo el taimado liberto, cortándole á Claudio la palabra: — todo esto que acabáis de oír, no significa otra cosa en último término y á la postre, que un comentario puesto á la resolución tomada por Claudio ahora mismo, destituyendo á Geta, no obstante su origen ingenuo, de la capitanía del Pretorio, y nombrándome á mí, no obstante mi origen servil.

— Pero ¿puedo yo nombrar y destituir á mi antojo? — preguntó Claudio.

— ¿No has de poder? — díjole Narciso.

— ¿No es emperador ya Silio?

— Seríalo ya, de no haber tomado estos acuerdos.

— ¡Y yo que había comenzado á pronunciar mi propia oración fúnebre y á hacer mi defensa personal ante la posteridad!

— Pues no has menester nada de eso, porque, en lugar de morir, vas á matar...

— ¿De veras?

— A tus implacables enemigos.

— Como quieras.

— Pues vámonos.

— ¿Dónde?

— A los alojamientos militares.

— ¿A qué?

— A ganarnos el ejército.

— Y cuando tengamos el ejército, ¿qué haremos?

— Una muy natural y sencilla cosa.

— ¿Cuál?

— Matar á Silio y Mesalina.

— ¡Oh! — exclamó Claudio, mientras Narciso decía:

— La litera imperial y á Roma.



Una escena de caza

CAPÍTULO VII

LOS ESPOSOS

— Narciso — decía Geta, encarándose con el capitán Turrano — encaja su Claudio en la estrechísima carroza cual si fuera un fardo.

— Y un fardo es de su comercio — añadió Turrano.

En efecto, Claudio dejó maquinalmente su palacio de Ostia y entró en su litera de viaje también maquinalmente como si fuese un autómeta.

— ¿Quién deseas que te acompañe, Claudio? — preguntó al César su liberto.

— Vitelio — respondió maquinalmente Claudio.

— ¿Quién más?

— Cecina.

— Gente poco interesada en este negocio — murmuró Narciso y se metió con el emperador en su litera.

— ¡Cuál caso tristísimo! — exclamó Cecina por no estarse callado

— Decretos de los dioses — observó Claudio con estoica resignación.

— ¡Oh infame cosa! ¡oh maldad grande! — añadía Vitelio como con estribillo.

— Esta es la conjuración más odiosa que inscribirán los anales romanos — dijo el taimado liberto para mantener la cólera de Claudio. —

Un cónsul designado acaba de vulnerar todas leyes; una mujer predilecta de huir al hogar; unos senadores de profanar su fe; unos